

**NUEVO ROMANTICISMO Y FEMINISMO EN LA ESPAÑA DE
LOS AÑOS TREINTA: APROXIMACIÓN AL PENSAMIENTO
SOCIOLOGICO-LITERARIO DE JOSÉ DÍAZ FERNÁNDEZ***

ANTONIO CHICHARRO
(Universidad de Granada)

*porque queremos el pan nuestro de cada día,
flor de aliso y perenne ternura desgranada,
porque queremos que se cumpla la voluntad de la Tierra
que da sus frutos para todos.*

Federico García Lorca

Con toda probabilidad, mi intervención va a defraudar las expectativas que el título que la ampara haya podido suscitar en parte de este auditorio. El hecho de poner en estrecha relación feminismo y nuevo romanticismo puede haber dado pie a una interpretación previa calada por la significación que para nosotros guarda comúnmente palabra tan usada como ‘romanticismo’ con la que designamos, recordémoslo, un movimiento artístico que, sobre todo en la primera mitad del siglo XIX ,vino a saltarse reglas y preceptos tenidos por clásicos revaluando al

* Publicado en VÁZQUEZ MEDEL, M. A. y ARRIAGA, M. (eds.), *Mujer, cultura y comunicación: Realidades e imaginarios. IX Simposio Internacional de la Asociación Andaluza de Semiótica*, Sevilla, 13-15 de diciembre de 2001, Sevilla Universidad de Sevilla-Ediciones Alfar (CD-Rom).

individuo, si es que no se emplea en su forma adjetiva para referirnos no ya a un movimiento cultural concreto, sino a todo individuo, acción u obra que tiene la cualidad de sentimental, generoso, soñador, pasional y que, por encima de todas las cosas incluida la razón misma, es amante de la libertad. Supongo que comprenderán ustedes mi temor previo cuando no vengo a hablar del feminismo, ese movimiento emancipador que procura la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, como un movimiento neorromántico en este sentido. Más bien, vengo a utilizarlo en el que proviene del pensamiento literario de estirpe sociológica de José Díaz Fernández, tal como se deduce de la lectura de su libro así titulado *El nuevo romanticismo. Polémica de arte, política y literatura* publicado en 1930¹, por cuanto veo necesario tomar conciencia de ciertos elementos que conforman la memoria histórica de un llamado pensamiento de izquierdas en la España de los años treinta, una España en la que todo era posible y en la que parte del proyecto de renovación histórica comenzaba a ensayarse culminando coyunturalmente con la proclamación de la Segunda República e iniciándose un periodo constituyente que daría entre otros resultados el fruto del reconocimiento constitucional del derecho de la mujer española al sufragio en 1931, lo que generó debates y polémicas de todo alcance y condición también en el seno mismo de la izquierda. Como en el dominio de la historia nada se crea de la nada, no podemos dejar de lado el cultivo de la memoria histórica como un modo de avanzar y de actuar en buena lógica sobre el presente. Por lo tanto, mi participación en este Simposio sobre *Mujeres, Creación y Comunicación: Realidades e Imaginarios* que se propone como principal objetivo difundir, debatir y construir interdisciplinariamente nuevas teorías al respecto, alcanza plenamente su sentido. Así, puede resultar revelador para muchos de los aquí presentes que en el seno de un pensamiento de izquierdas, profundamente rehumanizador, que persigue radicales transformaciones sociales por la vía de una nueva literatura de avanzada que trata de ofrecerse como alternativa a la literatura de vanguardia, esa literatura que Ortega y Gasset diagnosticara de deshumanizada²,

¹DÍAZ FERNÁNDEZ, José, *El nuevo romanticismo. Polémica de arte, política y literatura*, Madrid, Zeus, 1930; ed. de J. M. López de Abiada, Madrid, José Esteban Editor, 1985.

²Resultan muy conocidas las ideas de Ortega expuestas a través de varios artículos periodísticos en 1923 y luego recogidas en libro: *La deshumanización del arte y otros ensayos de estética*, Madrid, Revista de Occidente, 1925 y, en edición más reciente, Madrid, Alianza Editorial, 1987.

se observen ciertas ambigüedades a la hora de encarar asunto tan importante como el de la moda y el feminismo, como ahora expondré con un mínimo detenimiento.

Hago todas estas observaciones preliminares porque no conviene perder de vista que en el seno del pensamiento emancipador de la izquierda no siempre se supo o se quiso apostar por la igualdad plena entre hombres y mujeres. Y voy a poner un interesado ejemplo concreto para que a nadie le quepa la menor duda de la veracidad de mi afirmación, entre otros muchos que podrían citarse. Desde que leí la obra de Proudhon *Sobre el principio del arte y sobre su destinación social*³ no puedo olvidar uno de los párrafos de su capítulo de conclusiones donde afirma textualmente lo que sigue: “Tenemos que rehacer la educación de las mujeres e inculcarles las siguientes verdades: El orden y la limpieza de la casa valen más que un salón revestido de cuadros de maestros. Una mujer que sabe vestirse con gusto, limpieza, decencia, sin lujo, es artista; la que sólo sabe cubrirse de joyas y de encajes, la que lleva su dote encima de su cuerpo, es una mujer basta, desprovista del sentimiento del gusto y del arte: es un engaño, nada la realza; cuanto mejor vestida se muestre, más cargante resulta. *La mujer es artista; justamente por ello le han sido adjudicadas las funciones del hogar.* ¿Se imagina alguien por azar –termina diciendo– que va a emplear su tiempo haciendo acuarelas o cuadros al pastel?” (Proudhon, 1980: 360-361. Las cursivas son mías, A. CH.). Por supuesto que reconozco mi interés en señalar este texto tan patriarcal como ofensivo para cualquier persona, sea hombre o mujer. Por supuesto que reconozco también haber acudido a un modelo de la izquierda cuyas ideas sobre el reformismo del sistema capitalista y la adquisición de los medios de producción por los obreros mereció una conocida respuesta por parte de Marx, pero lo hago como modo de extender la aplicación de la filosofía de la sospecha a las propias prácticas discursivas de la izquierda⁴, y tomar buena nota al respecto. Veamos, pues, qué sorpresas nos guarda en este sentido el capítulo “La moda y el feminismo” que abre plaza al citado ensayo de Díaz Fernández, si bien antes debemos añadir alguna información previa sobre este escritor

³Pierre-Joseph Proudhon, *Sobre el principio del arte y sobre su destinación social*, Buenos Aires, Aguilar, 1980. La primera edición francesa, en París, Garnier Frères, es de 1865.

⁴De las prácticas vitales en este específico sentido de algunos teóricos y dirigentes políticos de la izquierda, a tenor de las últimas biografías publicadas de Marx y Mao Tse-Tung, entre otros, se deducen comportamientos contradictorios e igualmente ofensivos.

como último preliminar.

La obra de José Díaz Fernández (1898-1941) se desarrolla en los años prerrepúblicanos y republicanos, un tiempo histórico en que se produce un pensamiento ensayístico de proyección práctica, muy activo en revistas y otros medios editoriales, y de muy corta vida al ser truncado por la guerra civil. Los años anteriores a la guerra resultaron, pues, años de variada preocupación por lo literario y lo social, muy animada por los acontecimientos históricos recientes en Rusia, etc., como he tendido ocasión de dejar escrito⁵, preocupación por lo literario y lo social que culminará, pues, en un importante número de traducciones de textos de Marx, Engels, Lenin y teóricos de la IIª Internacional, etc., así como de los conocidos libros de Plejanov, *El arte y la vida social*, traducido en 1929 y que, reseñado por Sender en *El Sol* del 10 de julio de ese año, se empleó en la polémica en contra del arte deshumanizado, y de Trotsky, *Literatura y revolución*, traducido por primera vez en 1923 y culminará también en un trabajo intelectual de proyección política que apenas se dobla formalmente en el caso del pensamiento literario salvo para fecundar una poética rehumanizadora del compromiso político y de la literatura social o librar una encendida batalla en la revista de turno sobre la función del intelectual en la sociedad, sobre arte puro y arte impuro, sobre arte, individualidad y colectividad, etc., lo que va a fecundar la extensión cultural, la difusión popular de las artes y la exaltación de la cultura popular, radicalizándose todo este programa de acción cultural en los años republicanos. Pues bien, en este vivo ambiente intelectual sobresale el citado libro de José Díaz Fernández de inequívoco subtítulo, *El nuevo romanticismo. Polémica de arte, política y literatura*. Con este conjunto de ensayos, su autor se propone teorizar acerca de la necesidad de un arte y una literatura para la vida, un arte y una literatura sociales de verdadera vanguardia o “literatura de avanzada”, expresión que él acuña para evitar confusiones con las vanguardias formales. Para Díaz Fernández, el arte y la literatura nuevos, que como todo arte y literatura resultan influidos por el desarrollo de las fuerzas productivas, deben exaltar lo humano y apuntar hacia la consecución de un orden social justo. Para él, el nuevo romanticismo –usa el nombre de tan antiguo movimiento por el crédito que le merece por su orientación a la vida y

⁵“Un balance de la teoría y crítica literaria sociológica en España hasta los años novísimos”, en SALAS ROMO, Eduardo A., ed., *De sombras y de sueños. Homenaje a J. M^a Castellet*, Barcelona, Península, 2001, pp. 145-172.

en particular a lo humano— no es otra cosa que un modo de designar esta nueva literatura rehumanizada que debe estar en consonancia con la civilización industrial, una literatura a cuyo servicio habría de poner “la depurada técnica vanguardista, cuyo estilo trepidante y fragmentario consideraba el más adecuado para reflejar la problemática de la sociedad moderna, pero poniendo mucho énfasis en denunciar los peligros que supondría elevar dicha técnica a la categoría de objetivo final” (Esteban y Gonzalo, 1987: 11)⁶. Aparte del libro objeto de nuestro interés, había escrito algunas novelas sociales como las tituladas *El blocao* y *La Venus mecánica*, de 1928 y 1929, respectivamente, además de haber sido redactor del periódico *El Sol* y director de las conocidas y combativas revistas *Post-Guerra* (Madrid, 1927-1928) y *Nueva España* (Madrid, 1930).

Con esta serie de consideraciones e informaciones previas disponemos ya de algunas claves para que pueda conocerse en su alcance y proyección el referido capítulo inicial sobre la moda y el feminismo de su libro, donde comienza señalando Díaz Fernández la existencia de ciertos cambios en la moda femenina, cambios que entrecomilla de revolucionarios y que afectan sobre todo al tipo de falda usada y a los cabellos largos, lo que viene a ser signo de una alteración profunda de normas vitales, así como anuncio de la nueva dirección o tendencia en que marcha la sociedad, lo que no ha inquietado para nada a la burguesía española ni tampoco a la gendarmería literaria e intelectual que vienen a ignorar así que estos frágiles cambios de la moda y otros que se están operando en diversos frentes del arte contemporáneo suponen “una transformación de estilos y de ideas que significa, sencillamente, el punto de partida de una nueva concepción de la vida” (Díaz Fernández, 1985: 36). Tal vez radique aquí lo que parece ser, señala, un pacto de silencio suscrito por la mayoría de intelectuales para no alterar los principios y valores establecidos o dominantes. A continuación, nuestro autor se defiende de las posibles críticas que puedan provenirle por ocuparse de la moda y atribuirle un valor de caracterización que podría corresponderle a otras prácticas sociales de mayor complejidad como las artísticas, pero lo que a él le interesa sobre todo es estudiar el hecho de que la falda abundante y la melena alargada hasta los hombros no es moda caprichosa, sino rasgo de una

⁶ESTEBAN, José y SANTONJA, Gonzalo, *La novela social (1928-1939). Figuras y tendencias*, Madrid, Ediciones de la Idea, 1987.

tendencia de la vida colectiva que se anuncia en la moda, a la vez que en el arte, en la literatura y en la política con una finalidad social transformadora, tal como se puede leer: “Lo cierto es que los mismos caracteres que encontramos en la moda femenina, los hallamos –afirma– en el arte y la literatura de nuestro tiempo, en las obras llamadas de avanzada, y, por fin, en las últimas modalidades de la política y la sociología, cuyas ideas se proponen nada menos que modificar el croquis espiritual del mundo” (Díaz Fernández, 1985: 36). Aquí podríamos poner el límite de lo que sería una primera parte de su disquisición, pues en el resto de sus palabras va a ofrecer al lector un desigual conjunto de reflexiones sobre el proceso histórico de emancipación de la mujer e implicaciones sociales que este proceso ha ido conllevando.

Pues bien, José Díaz Fernández vincula de manera harto contundente ya en el comienzo de lo que podemos considerar segunda parte, la emancipación de la mujer con lo que llama “progreso mecánico del mundo” antes que considerarla obra del liberalismo político decimonónico. En este sentido, razona, al existir máquinas que descargan de importantes esfuerzos corporales a los seres humanos, se facilita así el acceso de la mujer a toda suerte de actividades productoras, lo que explica el hecho de que la misma se encuentre al lado del hombre en las funciones de tipo social en tanto que, paradójicamente, esté alejada de la política activa en casi todos los países. A partir de aquí expone algunas ideas sobre el movimiento sufragista y su escasa repercusión en lo que se refiere a la participación efectiva de la mujer en la vida pública, lo que lo atribuye al hecho de que este movimiento sea él mismo un fenómeno liberal. Por eso, critica José Díaz Fernández que lo que denomina feminismo político no haya significado nada en las reivindicaciones sociales de la mujer produciendo por el contrario una gran confusión en torno a sus fines de colaboración humana, deduciendo que si al hombre le han servido para muy poco sus derechos políticos, a la mujer no le han de servir para más si, además, tener voto no significa tener pan.

Lo que persigue Díaz Fernández con su crítica y minusvaloración del sufragismo y, en consecuencia, del feminismo político de su convulso tiempo, lo que se acentúa en otras páginas de libro, a lo que me referiré, es sustentar la tesis de la prevalencia del orden o nivel económico a la hora de explicar los fenómenos sociales. Por eso, se ocupa de ofrecer algunas consideraciones acerca de la influencia de la mujer en las sociedades primitivas, siguiendo muy

de cerca el libro *El enigma del matriarcado* (1927), de Paul Krische, traducido del alemán en 1930, y empleando argumentaciones economicistas para explicar las circunstancias en que la mujer detentó el poder político: “La única época de ginecocracia, de gobierno de la mujer que registra la humanidad, –dice– parece ser aquella en que la sociedad primitiva pasa de la existencia dinámica de la caza a la agrícola y pescadora. Entonces las circunstancias determinantes ponen en manos del sexo sedentario los resortes de la producción y, por lo tanto, los del mando político” (Díaz Fernández, 1985: 38).

Como puede deducirse fácilmente, este ensayista sigue manteniéndose fiel a dichos presupuestos economicistas a la hora de fijar su atención en el movimiento feminista de su momento, el de la bisagra entre los años veinte y de los años treinta. Así, reconoce el hecho de que la mujer haya entrado resueltamente a colaborar en la vida contemporánea por razones de progreso social y no por causas de tipo político, si bien no para instaurar un matriarcado ni para sustituir al hombre copiando su indumentaria y aspecto, lo que le lleva a criticar de paso el retraso que supone que el movimiento feminista español siga pidiendo el voto político y el escaño parlamentario, cuando en realidad, según cree, la victoria del feminismo consiste en haberse articulado por sus propios medios en todas las zonas de la sociedad, cuando –y cito– “El mérito de la participación femenina en las actividades contemporáneas es que incorpora al mundo de hoy una sensibilidad y un apetito que desconocía el mundo anterior a la guerra. Por primera vez en veinte siglos la mujer vierte en la vida su alma espléndida y brillante. No es extraño que ella comunique a esta vida que ahora empieza, a esta formidable fundación cósmica –continúa afirmando Díaz Fernández–, su gesto peculiar. No es extraño que ella haya lanzado el grito del vestido romántico, falda y cabellos largos, cuando asoma por Oriente –concluye– un nuevo romanticismo.” (Díaz Fernández, 1985: 39).

Hasta aquí el citado capítulo. El libro se continúa con la inclusión de sendos trabajos que van nutriendo los sucesivos capítulos sobre “Siglo XIX y romanticismo”, “La literatura antes y después de la guerra”, “La literatura de avanzada”, “La juventud y la política”, “Vida nueva y arte futuro”, “Objetivos de una generación” y “Proyección social del arte nuevo”, capítulos en los que no faltan como en “Objetivos de una generación”, algunas consideraciones abiertamente críticas con lo que puede significar la implantación del sufragio

femenino por razones de incultura política cuyos efectos reaccionarios no han de tardar en derivarse, dado además que la mayoría de las mujeres españolas sufre el analfabetismo, la esclavización y marginación doméstica por parte del hombre y el dominio religioso católico, al ser la iglesia, la sacristía y la sotana las únicas vías de escape fuera del hogar, lo que explicaría que una ley liberal como la del sufragio femenino pudiera acabar surtiendo un beneficio electoral a la derecha más reaccionaria (Díaz Fernández, 1985: 101-104), planteamientos estos no ignorados de algún modo por Clara Zetkin, conocida dirigente alemana del movimiento internacional de las mujeres socialistas durante los años veinte, cuyo libro *La cuestión femenina y la lucha contra el reformismo*⁷ planteaba a este respecto que la consecución del derecho al voto femenino no afectaba sustantivamente a la opresión de la mujer, aunque no despreciara este medio.

Son muchas las reflexiones que provoca este trabajo, que en su mismo subtítulo se nombra de polémico, aparte de habernos dado a conocer un, para nosotros, lejano y esperanzador momento histórico que los vencedores de la guerra civil que se seguiría seis años después se apresuraron a borrar de raíz y en todas sus consecuencias. Esa nueva sensibilidad, el nuevo humanismo y mundo nuevo, que la moda femenina a su modo encarnaba, según nuestro ensayista, sería perseguida y enterrada bajo los pies de las mujeres de la Sección Femenina, con su pelo re peinado y aprisionado por las horquillas, recogido, sin libertad, bajo la atenta e implacable mirada de curas y hombres franquistas. Por eso, a pesar de las contradicciones y elementalidad de algunos planteamientos y argumentaciones de nuestro autor, no podemos dejar de pensar en el retraso efectivo que la emancipación de la mujer, y con ella la del hombre mismo, sufrió en nuestro país. Resulta curioso pensar que no será hasta la aparición de nuevas modas en el peinado, para hombres y mujeres, y nuevos modos de vestir, en la llamada década prodigiosa, cuando se coloque un nuevo pilar para sostener el puente que uniría ese tiempo nuevamente esperanzado con el de los años treinta. ¿Qué hubiera ocurrido de haberse continuado el debate a que éste y otros libros animaban? ¿Dónde estaríamos situados hombres y mujeres, hoy? Son preguntas, como se imaginan, sin respuesta. Por eso, sólo me resta

⁷Barcelona, Anagrama, 1976. Puede verse además el libro de R. M. Capel, *El sufragio femenino en la Segunda República Española*, Granada, Universidad de Granada, 1975, entre otros.

exponer algunas precisiones y breves comentarios que cierren esta aproximación a tan ignorado como interesante libro. Vayamos a ello.

La primera es relativa al hecho de que nuestro autor entrecomille el término revolución a la hora de referirse a lo que supone la nueva moda y solicite del lector que acepte su uso en sus términos esenciales, esto es y en el caso que nos ocupa, cambio violento en un determinado uso social. Esta apelación nos pone sobre la pista, por otra parte, de que la historia de la significación de este término viene a señalar la historia de los débiles planteamientos teóricos de la izquierda en España desde que importara su uso de los textos engelsianos y marxianos. No es ésta la mejor ocasión de esbozar la historia de esta evolución, cosa que ha hecho además satisfactoriamente Pedro Ribas⁸. No obstante, no puede ignorarse que en los años treinta la izquierda entiende por revolución una revolución socialista llevada a cabo por la conjunción de trabajadores del campo, proletariado urbano y movimientos nacionales que suponía una socialización de la tierra y la industrialización del sistema productivo (Ribas, 1990: 277). En todo caso, Díaz Fernández había intentado con este libro establecer conexiones entre cultura literaria y política y ofrecer una suerte de programa de acción artística y literaria que coadyuvara en la consecución de una nueva realidad, pues no ignora el carácter interesado del propio discurso crítico y del papel que les cabe jugar a los intelectuales. Por eso, resulta muy significativo que eligiera este primer capítulo en que se habla de moda femenina, del movimiento feminista y de la literatura de avanzada o nuevo romanticismo como un modo de agitar el debate y de señalar en una inequívoca dirección que habría de consumarse en una revolución ahora sin comillas y ensayada ciertamente sin éxito en determinadas fases de la Segunda República y en determinados momentos de la guerra civil.

Por otra parte, resulta más que curioso que, con objeto de desprestigiar la literatura de vanguardia y el arte deshumanizado de preguerra que en absoluto se inmiscuían en procesos ajenos a sí mismos y nunca por tanto en procesos sociales ni muchos menos políticos, no sólo no le importara a José Díaz Fernández poner en estrecha relación de igualdad las prácticas de la moda y la nueva literatura que su libro promueve y fundamenta, sino que reconociera en las

⁸Puede consultarse el epílogo titulado “Algunas consideraciones sobre esquemas empleados por los marxistas españoles entre 1871 y 1939”, en *Aproximación a la historia del marxismo español (1869-1939)*, Madrid, Endymión, 1990, pp. 262-281.

mismas una suerte de relevancia política, abogando porque dichas prácticas sociales y artísticas cumplieran una función explícitamente ideológica, etc., lo que supone practicar una suerte de crítica cultural *avant la lettre* tanto por el pragmatismo subyacente como por el rechazo de una comprensión sólo estética de los fenómenos literarios, haciendo de los mismos un registro más de la cultura sin el establecimiento de una jerarquía.

No hay que insistir demasiado en que, si bien este trabajo mantiene una relación de parentesco con los propios de los estudios culturales, como ha quedado expuesto, también mantiene una estrecha relación con los planteamientos economicistas de los teóricos de la Segunda Internacional y demás teóricos calados por el materialismo positivista al hacer derivar las formas del progreso social del nivel económico. De ahí que vincule la emancipación de la mujer antes a lo que llama progreso mecánico del mundo que a la instancia política, lo que explica sus reticencias ante la cuestión del sufragio de la mujer en dicho momento a lo que contribuye su pragmatismo político, y de ahí que encuentre explicación para la etapa de matriarcado en las sociedades primitivas asimismo en el cambio de actividad del grupo social al dejar la caza para dedicarse a las labores agrícolas, etc. Esto explica el hecho de que nuestro autor ponga su esperanza de emancipación de la mujer en el desarrollo de las fuerzas productivas, de igual modo que la izquierda de su tiempo veía la necesidad de desarrollar del sistema productivo y, con él, el proletariado para llevar a buen puerto un proceso revolucionario impensable de otro modo para una España atrasada y pobremente agrícola. El progreso social económico será, pues, el que, según Díaz Fernández, pondrá a la mujer en el sitio que le corresponde junto al hombre. En fin, huelga cualquier otro comentario ante estos excesos deterministas que han sido un pesado lastre en el desarrollo de las teorías sociales.

El texto desliza un par de consideraciones tópicas sobre la mujer, consideraciones de perfil biologicista más que culturales o históricas, a la hora de abundar en estas cuestiones a las que no cabe prestar nuestra atención por haber sido muy debatidas cuando no desmentidas por los hechos en lo que ha sido el propio desarrollo de la emancipación de la mujer y de su progresiva incorporación a todas las esferas de la vida social sin excepciones, al menos en una parte cualitativa durante las últimas décadas.

Y concluyo cerrando circularmente mi discurso, por cuanto invoco de nuevo la figura

de García Lorca, el de *Poeta en Nueva York*, cuyos poemas son concreción ejemplar de la literatura a que aspiraba Díaz Fernández, una literatura de avanzada, esto es, una literatura de preocupación social que no desprecia los mejores procedimientos de vanguardia, en este caso la surrealista. Por eso impresiona el resultado de mezclar junto a elementos oníricos, alógicos, esto es, surreales, los hilachos humanos de la madeja de la marginación social en la urbe capitalista –los negros, los muchachos, los niños, los trabajadores y las mujeres ahogadas en aceites minerales– para gritar poéticamente y con fuerza lo que todo ser humano que haga honor a ese adjetivo suscribe: *porque queremos que se cumpla la voluntad de la Tierra / que da sus frutos para todos.*